

DÉCIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Para quienes aman a alguien que lucha contra la adicción, compulsiones o apegos poco sanos, la vida puede volverse pesada de maneras que son difíciles de expresar con palabras. Puede ser que carguemos con preocupación por su bienestar, frustración por conductas repetidas y con un profundo deseo de ayudarles a cambiar. Con el tiempo, este peso emocional puede llegar a ser agotador. Intentamos anticipar problemas, manejar situaciones y encontrar palabras o acciones adecuadas que finalmente puedan hacer la diferencia.

Muchos de estos esfuerzos surgen del amor. Sin embargo, también pueden llevarnos a llevar una carga que se suponía que nunca debíamos llevar. Puede ser que empecemos a asumir la responsabilidad de las decisiones de otra persona, creyendo que, si simplemente nos esforzamos más o respondemos de forma diferente, podemos influir en el resultado. Esta forma de vida normalmente provoca ansiedad, resentimiento y fatiga espiritual.

El Evangelio de este domingo brinda una invitación directa a tener una forma diferente de vivir. Jesús dice (Mateo 11:28-30):

“Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga y yo les daré alivio. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga, ligera.”

Estas palabras le llegan a cualquiera que se sienta abrumado. En la recuperación familiar, muchas veces la carga no es solamente lo que está ocurriendo, sino cómo hemos tratado de llevarla. Puede ser que nos estemos aferrando al temor, intentando controlar los resultados o asumiendo responsabilidades que no nos corresponden.

En un primer momento, tomar el “yugo” puede que no suene como un alivio. Sin embargo, la diferencia está en quién lleva el peso. Cuando intentamos manejar todo por nuestra cuenta, la carga se vuelve más pesada. Cuando empezamos a confiar en Cristo, algo cambia. Ya no lo llevamos solos.

Este cambio se refleja en el Paso Uno. Admitimos que éramos impotentes ante la adicción de otra persona y que nuestras vidas se vuelven ingobernables cuando intentamos controlar lo que no podemos cambiar. Esto no significa perder el amor. Es un cambio hacia la verdad. Podemos estar profundamente preocupados por otra persona, pero sin asumir la responsabilidad de su recuperación.

Los Pasos Dos y Tres se construyen sobre esta base. Llegamos a creer que Dios puede restaurar el orden en donde nosotros no podemos, y decidimos confiar nuestras vidas y nuestras preocupaciones a Su cuidado. Esto no suprime nuestra participación, pero sí cambia la manera en que estamos presentes. Pasamos de controlar a confiar, de reaccionar a responder y de cargar con todo solos a compartir la carga con Dios y con los demás.

Esta clase de entrega se practica a diario. Puede ser que nos demos cuenta de que estamos regresando a viejas conductas de preocupación, pensar en exceso o intentar controlar las consecuencias. Cuando eso ocurre, se nos invita a hacer una pausa, orar y volver a soltar. Buscamos apoyo, hablamos con honestidad y permitimos que otros caminen con nosotros.

Jesús no promete que las circunstancias que nos rodean se vuelvan fáciles. Pero sí promete que no tenemos que llevarlas

por nuestra cuenta. Mientras continuamos en la recuperación, se nos llama a confiarle lo que no podemos controlar y a recibir el descanso que viene al poner nuestras cargas en Sus manos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos te das cuenta de que intentas cargar con una carga que quizá no te pertenece?

- ¿Cómo entiendes ahora mismo, el entregar el control en una relación con un ser amado?

- ¿Cómo estás aprendiendo a amar con mayor claridad, valor y paz?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Zacarías 9:9-10

SAL. RESP. Salmo 145:1-2, 8-9, 10-11, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:9, 11-13

EVANGELIO Mateo 11:25-30